

ARTÍCULO V

PLATICA X

EL CULTO DE MARÍA ES LA ESPERANZA DE LOS PECADORES

Nadie tiene el derecho de salvarse y los pecadores menos que la generalidad de los mortales. No lo olvidéis, hermanos míos, y no déis una falsa interpretación á los pensamientos que nos proponemos desarrollar ahora. Cuando dijimos ayer que los justos, generalmente fieles á la ley religiosa y al culto de María, no deben confiar en que serán oídos á pesar de haber invocado sin cesar su auxilio, me pareció que estábais convencidos. Mucho deseo que os convenza igualmente lo que aun me falta decir. Monseñor Pavy, que ha tratado este asunto con mano maestra, y un hecho que acaba de tener lugar, nos servirán de apoyo. Creo que no habréis echado en olvido el aviso que da el Evangelio á los que confían presumidamente en las oraciones que rezan sin cuidarse de enmendarse y practicar buenas obras: «No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre.» (*Math., II-21*).

Tampoco será el que exclame: Madre mía, tened piedad de mí, el que se salve más que los otros, si no se corrije. Fundamos nuestra opinión en el simple buen sentido que nos dice que la primera señal de nuestro amor que debemos dar á María, ha de ser el imitar sus virtudes. Imitar á otro es darle una gran prueba de amor. La Iglesia, empero, coloca en nuestros labios esta oración admirable: María, refugio de pecadores, ruega por nosotros. A los sacerdotes les encarga que no se dejen llevar de la cólera contra los endurecidos, y que no les abandonen

hasta el último momento, para que procuren arrancar de su pecho un grito en favor de María, prometiéndoles, en caso de necesidad, su salvación. ¿Será esto una simple fórmula consoladora y exagerada, y un remedio que aplica sin creer en su eficacia? No quiera Dios que así lleguemos á creerlo.

«La devoción á María, dice Monseñor Pavy, no es perfecta sino cuando es un vivo reflejo de su fe, de su humildad, de su pureza angelical, de su unión con Dios, de su caridad, de su dulzura y de su resignación; y no por ser imperfecta, dejará de ser esta devoción verdadera y sincera. Es un germen de bendición que cultivado produce tarde ó temprano frutos de penitencia. El mundo, tan inconsecuente como injusto, acusa á los devotos de María de hipócritas, cuando ve que tienen pasiones como los demás. Para ellos la debilidad es hipocresía, como si no se pudiese ser débil orando al mismo tiempo con fe y rogando con amor á la reina de los fuertes!

No hay duda que debemos atacar la presunción de los que creen que están facultados para pecar con tal que se cobijen bajo la sombra de María, y salvar así su alma de la pena eterna. Pero de esto á tratar de criminales á los que rezan á la *Esperanza de los desesperados*, reprobar su conducta y aconsejarles que se abstengan de dirigir sus oraciones á la que deshonran con sus acciones, hay una diferencia muy grande. Hablar así es torcer la verdad y cerrar las puertas á la gracia que puede acudir en auxilio de una alma que la ha perdido. Esto equivale á desesperar al débil, siendo así que la intención de la Iglesia es apoyar el arrepentimiento en la misericordia. ¡Cuántos pródigos que han pasado largos años en el descarrío; cuántos pecadores que han admirado con su arrepentimiento tardío, pero sincero, han debido este favor extremo á la costumbre que tenían de rezar á María aun en medio del desarreglo de su vida! Tened, pues, confianza

los que desesperáis. Mientras continuéis honrando á María, no se ha perdido todo. Aun próximos á exhalar el último suspiro, podréis con una sola mirada á la reina de los cielos, con una exclamación de arrepentimiento, con llevar á vuestros labios un escapulario, salvaros para siempre. Voy á citaros el ejemplo de uno de esos favores extremos:

«En una población que no es necesario citar, vivía un hombre cuya inmoralidad le hacía digno de ser designado con el nombre de lepra de la parroquia, porque era la piedra de escándalo de todos los vecinos, la desolación de los pastores y el terror de las familias. Su fama era proverbial. Sus excesos le postraron al fin en la cama y el médico declaró que su enfermedad era mortal. El señor cura procuró acercársele, pero fueron inútiles sus esfuerzos, porque el enfermo rechazaba sus visitas. Tomó más incremento la enfermedad y el cura insistió de nuevo, pero el enfermo acabó por suplicarle que no siguiera importunándole. «Salí de la casa desconsolado, nos escribe el señor cura, y me dirigí tristemente á mi parroquia. Poco me faltaba para llegar á mi casa, preocupado con la escena que acababa de pasar, cuando se apoderó de mi imaginación la idea de que la Santísima Virgen era el refugio de los pecadores y debía dirigirme á ella en tan triste lance. A ella me dirigí fervorosamente pidiendo su auxilio, y entre otras súplicas que le hice, le hice la siguiente: «Si es verdad, oh María, como lo dice la Iglesia en sus letanías, que eres el refugio de los pecadores, demuéstremelo en este momento, salvando á ese desdichado que está próximo á caer en los antros del infierno. Cuanto más indigno es él de tus favores, mayor debe ser para con él tu misericordia. Socórrele, ¡oh virgen Santísima!» Acabada esta oración me sentí impulsado á retroceder, cuando ví venir hacia mí á paso violento á un hombre á caballo cuyo traje me manifestó ser de las cer-

canías. Preguntéle con interés dónde iba, y me contestó que al pueblo en busca del señor cura. ¿Para qué? le pregunté, y me contestó que para confesar á Don N.***—Pues yo soy el que buscáis, le dije: ¿Se habrá resuelto ya á confesarse? Sí, me contestó, y él es quien me manda.—Dirígeme á su casa á toda prisa, y al verme entrar me tendió los brazos.—Señor cura, me dijo, quiero confesarme, os suplico me ayudéis á hacerlo; soy un gran pecador y necesito de la misericordia divina.—Su esposa, mujer muy piadosa, estaba loca de contento y le hacía mil cariños por su resolución. Le confesé, le administré el Sacramento de la Extrema Unción, le apliqué indulgencias para la hora de la muerte, y murió poco tiempo después. Todos los presentes lloraban de gusto al ver como moría de tal manera auxiliado. «Esto es lo que ha pasado, dice el señor cura, escribiendo al director de la archicofradía de Nuestra Señora. Podéis pesarlo en la balanza de vuestra sabiduría y apreciarlo debidamente; pero yo lo atribuyo todo á nuestra Madre de la misericordia.—Tenía razón, hermanos míos, y María no hizo sino dar un motivo más para aumentar nuestra devoción y manifestar á los pecadores que la invocan que no en vano ponen en ella su esperanza.—ASÍ SEA.